

## Antecedentes del Desarrollo Sostenible

Juan Carlos Sánchez M. Junio de 2020.

El desarrollo sostenible surgió después de una serie de ensayos poco exitosos que buscaron reducir la brecha entre los países desarrollados y los países en desarrollo que tuvieron lugar desde mediados del siglo pasado, y que permiten entender mejor su necesidad y justificación.

La primera vez que se utilizó el término “desarrollo” en el ámbito de la economía fue después de la Segunda Guerra Mundial, paralelamente al período en que se llevó a cabo la descolonización de Asia en los años 50 y luego de África en los 60. El concepto del desarrollo se focalizó en tratar de solventar la condición de atraso en que se encontraban los países que no lograron ser parte de la Revolución Industrial y, por tanto, quedaron rezagados. El presidente estadounidense Harry Truman, en su discurso acerca del Estado de la Unión de 1949, habló por primera vez acerca de la necesidad de ofrecer una ayuda económica a esos países, a los cuales calificó de “subdesarrollados”, justificándola por razones de índole moral: el mundo occidental desarrollado debía ayudar en la erradicación de la miseria de esos países, pero también señaló claramente que tal acción se correspondía con el interés de Occidente de, por una parte, impedir que los países pobres se alinearan con el comunismo y, por otra, abrir nuevos mercados para sus empresas. Ese fue un discurso considerado célebre, porque además de las ideas expuestas, inspiró el desarrollo del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa, y la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que organizó la defensa de Europa. Se sobrentendió en ese momento que los países pobres debían emprender un camino similar al de los países ricos, que les condujese de la pobreza a una sociedad de consumo. Para lograrlo, según Rostow (1960), esos países debían atravesar cinco etapas: el subdesarrollo tradicional, la introducción de condiciones previas al despegue, el despegue, el progreso hacia la madurez y, por último, la etapa de sociedad de consumo masivo.

El desarrollo se convirtió así en la referencia primordial de las políticas de cooperación adoptadas por Occidente para ayudar al tercer mundo, materializada con la aparición de la “Ayuda Pública al Desarrollo”, como herramienta estratégica que en particular le permitió a los países colonizadores de Europa que luego del proceso de descolonización pudiesen mantener sus zonas de influencia, en el contexto de las confrontaciones entre el Este y el Oeste en la llamada guerra fría, a la vez que lograba abrir nuevos mercados. Asimismo, la Ayuda Pública al Desarrollo buscó también calmar las tentaciones tercermundistas de numerosos países del sur que comenzaron a manifestar sus intenciones de desconectarse de las potencias. Esta doctrina, que se mantuvo hasta los años 60, se tradujo en aportes masivos de capital para la creación de infraestructuras pesadas que permitiesen impulsar el desarrollo. De esta manera se construyeron obras de envergadura tales como grandes represas en Egipto y Venezuela, polos industriales en Argelia, India y Brasil, complejos portuarios y carreteras gigantescas como la Transamazónica en Brasil. A ello le siguió una política de “sustitución de importaciones”, que

fue una iniciativa por parte de los países receptores de la ayuda, concebida para ser el instrumento que les permitiese romper el círculo que les obligaba a la exportación de productos primarios para poder pagar la importación de productos manufacturados. Esta evolución del modelo de desarrollo de los países del tercer mundo colocó en manos del Estado y no del mercado el rol principal, acentuado en mayor o menor medida según el grado de nacionalismo local.

Posteriormente, sobrevino un incremento del precio de las materias primas que estimuló considerablemente a esos países a endeudarse ampliamente, con el propósito de multiplicar sus programas industriales y agrícolas, que resultaban cada vez más grandiosos y costosos, asumiendo, ilusoriamente, que de esta manera lograrían acelerar sus procesos de desarrollo. Si bien es cierto que durante un tiempo varios de estos países lograron tasas de crecimiento económico superiores a las de los países desarrollados, el modelo adolecía de un defecto fundamental: la ausencia de mercados domésticos importantes. El modelo no estaba incidiendo en lograr la disminución de la pobreza, todo lo contrario, la pobreza más bien creció masivamente, particularmente en los medios rurales; el consumo local no apareció. Ello condujo, en la década de los 70, a una nueva etapa para impulsar el desarrollo que consistió en dar atención de las “necesidades básicas” de la población (Maddux, 1981): las instituciones financieras multilaterales de apoyo al desarrollo, como el Banco Mundial, reorientaron así los fondos de ayuda al desarrollo hacia la educación, la salud y los servicios, esperando que ello repercutiese favorablemente en el avance del tercer mundo. Sin embargo, los fondos siguieron siendo orientados hacia la realización de grandes obras: Universidades, grandes hospitales, etc., dado que estas infraestructuras otorgaban más prestigio que la escolarización primaria de millones de niños o la implantación de dispensarios de atención médica local. Asimismo, el financiamiento agrícola se orientó hacia los grandes productores de monocultivos mecanizados, en detrimento de la pequeña agricultura familiar campesina, privando así de ingresos a una gran población de campesinos pobres de los medios rurales, que pudieron haber aumentado el poder adquisitivo interno, impulsando el crecimiento local. El sector industrial público, por su parte, construido a costos elevados, no rindió los beneficios económicos esperados, su producción resultó insuficiente, no se hizo el debido mantenimiento a las maquinarias, y políticas populistas convirtieron al sector en una máquina empleadora, incrementando innecesariamente sus costos. Sin embargo, ello no detuvo el financiamiento externo, pues los países desarrollados requerían que siguieran suscribiéndose grandes contratos de sus empresas con el extranjero, para frenar el desempleo.

Al comienzo de la década de los 80 se produjo el colapso de los precios de las materias primas, lo cual privó a los países en desarrollo de una parte importante de sus ingresos por exportaciones, a la vez que se produjo una modificación de la política monetaria de Estados Unidos que encareció la deuda de los países pobres, que fue contraída en dólares y a tasas variables. Los gobiernos debieron entonces asumir pagos enormes por el vencimiento de sus deudas. En 1982 México anunció la suspensión del pago de su deuda, dando lugar a la llamada “crisis de la deuda”. México era un país económicamente estable y considerado sin riesgo para

la inversión, y sin embargo se vio en la imposibilidad de honrar su deuda. A México le siguieron Argentina, Brasil, Uruguay y otros. Las instituciones financieras internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, etc.) propusieron entonces la realización de “Planes de Ajustes Estructurales”, para el otorgamiento de nuevos financiamientos, y los gobiernos de los países endeudados, que enfrentaban tensiones sociales importantes, para lograr su supervivencia política interna aceptaron las condiciones del ajuste estructural: privatización del sector público, desregulación del mercado de capitales y liberalización de la economía. A ello se le llamó el “consenso de Washington”.

Se estableció así un nuevo período caracterizado por la apertura de la economía doméstica, hasta entonces protegida, y de adopción de estrategias de promoción de las exportaciones, que dejó atrás las políticas de industrialización y de sustitución de las importaciones de las décadas precedentes. Se produjo para exportar, no para el mercado interno. Ello representó una transición en la que el rol principal ya no estaba en manos de los Estados sino de los mercados. De esta manera los países del tercer mundo ingresaron en la globalización, de una manera si se quiere forzada: para poder pagar la deuda fue necesario exportar. Este modelo también fracasó: al reestructurarse el sector productivo, con la desaparición o privatización de las empresas públicas, se produjo un nuevo crecimiento de la pobreza y del desempleo, y se multiplicaron las protestas por el descontento. La situación fue tal, que a la década que va desde 1982 a 1992 se la denomina la “década perdida del desarrollo”. Cabe destacar que este periodo de apertura también fue posible, porque la ayuda al desarrollo precedente fue muy cuestionada, el balance que se hizo de la misma fue severo: hubo acusaciones de promoción del despilfarro, de la corrupción y del consumo público excesivo.

No todo fue negativo, algunos países del tercer mundo, ahora llamados países emergentes, lograron beneficiarse con la deslocalización industrial de las empresas del mundo desarrollado. Recibieron a esas empresas que crearon algunos empleos, para la manufactura de productos que irrumpieron en los mercados mundiales, aunque con una competitividad de costos procedente de las menores exigencias sociales y ambientales de dichos países. Efectivamente, para lograr atraer las inversiones, los gobiernos permitieron la flexibilización de la aplicación de los estándares ambientales, lo que ha tenido consecuencias muy negativas sobre sus ecosistemas, principalmente por las actividades mineras y de explotación de recursos energéticos fósiles, que ocasionan impactos ambientales considerables.

Es en este contexto que surgió el desarrollo sostenible como una propuesta distinta de desarrollo, no solo para atender todos estos desajustes económicos, sociales y ambientales crónicos, sino también como una nueva visión del mundo. Una visión que insiste en la necesidad urgente de respetar los limitados recursos naturales del planeta, imprescindibles para el sostenimiento de la vida, y que admite la interconexión existente de los equilibrios planetarios: todo atentado a la calidad de la atmósfera, la estabilidad del clima, la limpieza de los océanos o a la biodiversidad, tarde o temprano tendrá repercusiones mundiales, y esto ya no puede ser soslayado.

El desarrollo sostenible tuvo su origen en un informe requerido por la Organización de Naciones Unidas (ONU), para lo cual se creó una comisión denominada Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo, y que fue presentado en 1987. Este informe, titulado “Nuestro Futuro Común” (ONU, 1987) define al desarrollo sostenible como aquel que es capaz de satisfacer las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de atender las suyas. Con ello, se busca favorecer un estado de armonía entre los seres humanos, y entre estos y la naturaleza. Corresponde a una toma de conciencia esencial, pues fue la primera vez que una comisión internacional oficial afirmó que las actividades humanas pueden representar una amenaza para la naturaleza, lo cual hace urgente concebir un crecimiento que no penalice a las generaciones futuras. El informe refleja la preocupación oficial por las consecuencias negativas de la sociedad industrial sobre el ambiente. Asimismo, insiste en la necesidad de compartir el crecimiento mundial con los más pobres, los desfavorecidos y de reducir las desigualdades existentes.

## Referencias

Rostow, W.W. (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960), Chapter 2, "The Five Stages of Growth--A Summary," pp. 4-16. 23 de febrero de 2013. Consultado el 5 de junio 2020.

Maddux, J. (1981). *The Development Philosophy of Robert S. McNamara*. The World Bank. <http://documents.worldbank.org/curated/en/327751468330998907/The-development-philosophy-of-Robert-S-McNamara>. Consultado el 5 de junio 2020.

Organización de Naciones Unidas (ONU) (1987). *Nuestro Futuro Común*. Informe de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo. Documento oficial del cuadragésimo segundo período de sesiones de la ONU.